

en pragmática célebre, que no hay profesión alguna deshonrosa y que «sólo la vagancia envilece». Vemos con claridad que para los escritores del 98 el problema hispanocubano era un asunto que afectaba en el fondo más a la península que a la isla.

Ramiro de Maeztu es, en este «grupo de los tres», el que mayor vinculación tuvo con Cuba. Su abuelo era un importante hacendado cubano, su padre nació en Las Antillas y, cuando las tierras cubanas dejan de ser rentables, el joven Maeztu va a Cuba para tratar de salvar las propiedades en la isla. Inman Fox recoge en su interesante edición de Ramiro de Maeztu *Artículos desconocidos (1987-1904)* algunos textos relacionados con la temática cubana. Vemos en ellos cómo en los cuatro años que el escritor pasó en Cuba, del 91 al 94, «pesó azúcar, pintó chimeneas y paredes al sol, empujó cañas de masa cogidas de seis de la tarde a seis de la mañana, cobró recibos por las calles de La Habana, fue dependiente de vidriera de cambio (...) y desempeñó otros mil oficios»²³. Así que no debe extrañarnos que sus opiniones, especialmente en todo lo que afecta a la cuestión cubana, estén determinadas por la economía y el regeneracionismo, en una época juvenil de firmes convicciones marxistas.

Como señala José Carlos Mainer en su citado artículo «Crisis de fin de siglo y literatura», ese carácter regenerador y economicista de Maeztu estuvo muy presente en su conocido título *Hacia otra España*. En él recoge, y a través de sus tres partes, los síntomas de la contienda, la breve lucha militar y una especie de balance final que da título al libro.

Pero donde Maeztu analiza el conflicto hispanocubano de un modo más desapasionado y científico es en su artículo «¿Qué debe hacerse en Cuba? Cuatro palabras con sentido común», perteneciente a la antología mencionada de Inman Fox. Maeztu nos dice que al acabar la guerra grande «quedó el comercio floreciente y arruinado el campo». Al ser abolida la esclavitud, la industria azucarera tuvo que mecanizarse. «Carecía de capitales para ello y recurrió al comercio». El precio de los préstamos fue tan fuerte que al inicio de la nueva guerra —no hay que olvidar que el artículo es del 97— casi todos los ingenios habían sido comprados ya por los comerciantes al no poder pagar tan elevados intereses la mayoría de los hacendados. «Si

²³ Ramiro de Maeztu: «Juventud menguante», en *Alma Española*, 24 de enero de 1904. Edición de Inman Fox, Madrid, Castalia, 1977.

a esto se añade –precisa Maeztu– que la masa de obreros y hacendados es criolla, en tanto que los comerciantes son, por punto general, peninsulares, no son necesarias demasiadas divagaciones para dar con la clave de la guerra».

Ante semejante panorama, Maeztu descarta la solución bélica en curso y desconfía de la autonómica en ciernes, o lo que es lo mismo, de la receta reaccionaria (que se resume en las tres «ías» de Castelar: artillería, caballería e infantería) y la liberal de Pi y Margall, que, aun en el supuesto de haber sido aplicada en su momento, supondría una sangría económica para la metrópoli difícilmente soportable al deber asumir Madrid una deuda cubana impagable. ¿Qué hacer entonces?:

«Un amigo mío me dice que si tuviera un brazo canceroso se lo haría cortar antes de que la enfermedad llegara al tronco; otro, que si sus recursos no le permitieran atender su casa, enajenaría sus fincas de recreo.

No falta quien afirme que si una propiedad arruina al propietario, debe enajenarla lo antes posible. En estos tiempos hacen más milagros las varas de medir que la lanza del valeroso Don Quijote».

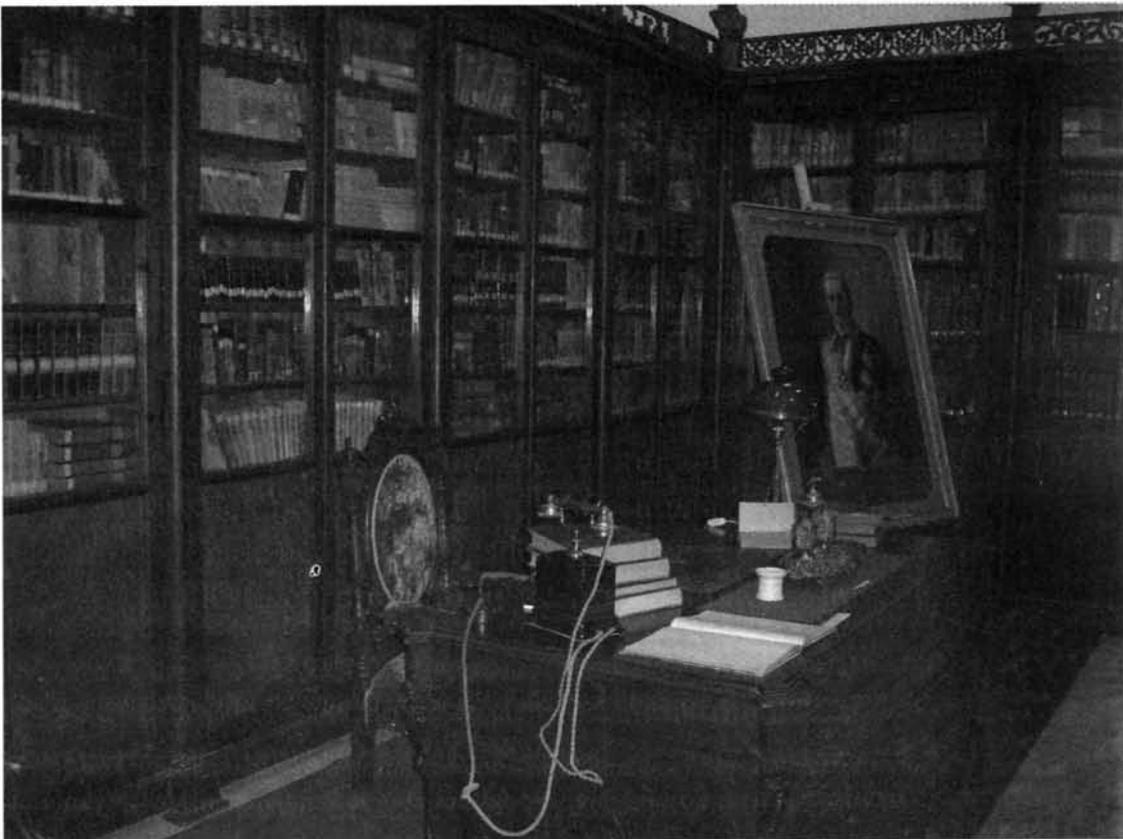
Como bien es sabido, España perdería sus propiedades «cediendo a la fuerza y salvando su honor», como diría la reina regente, María Cristina, que frente a las propuestas de algunos de sus consejeros se negó a vender la isla a los Estados Unidos.

Esta opción por la salida quijotesca, supondría además la salvación de la propia dinastía, muy deteriorada por la nefasta política colonial ejecutada por Cánovas y Weyler. La solución quijotesca estaría en el centro de la batalla naval de Santiago de Cuba, donde la raquítica escuadra española se lanzó hacia la muerte segura ante la muy superior escuadra norteamericana. El 24 de febrero de 1899, Rubén Darío, que un año antes ya había manifestado su indignación ante la pérdida de Cuba y Puerto Rico en sus artículos «¡Los yanquis!» y «El triunfo de Calibán»²⁴, publicaría su cuento *D.Q.*

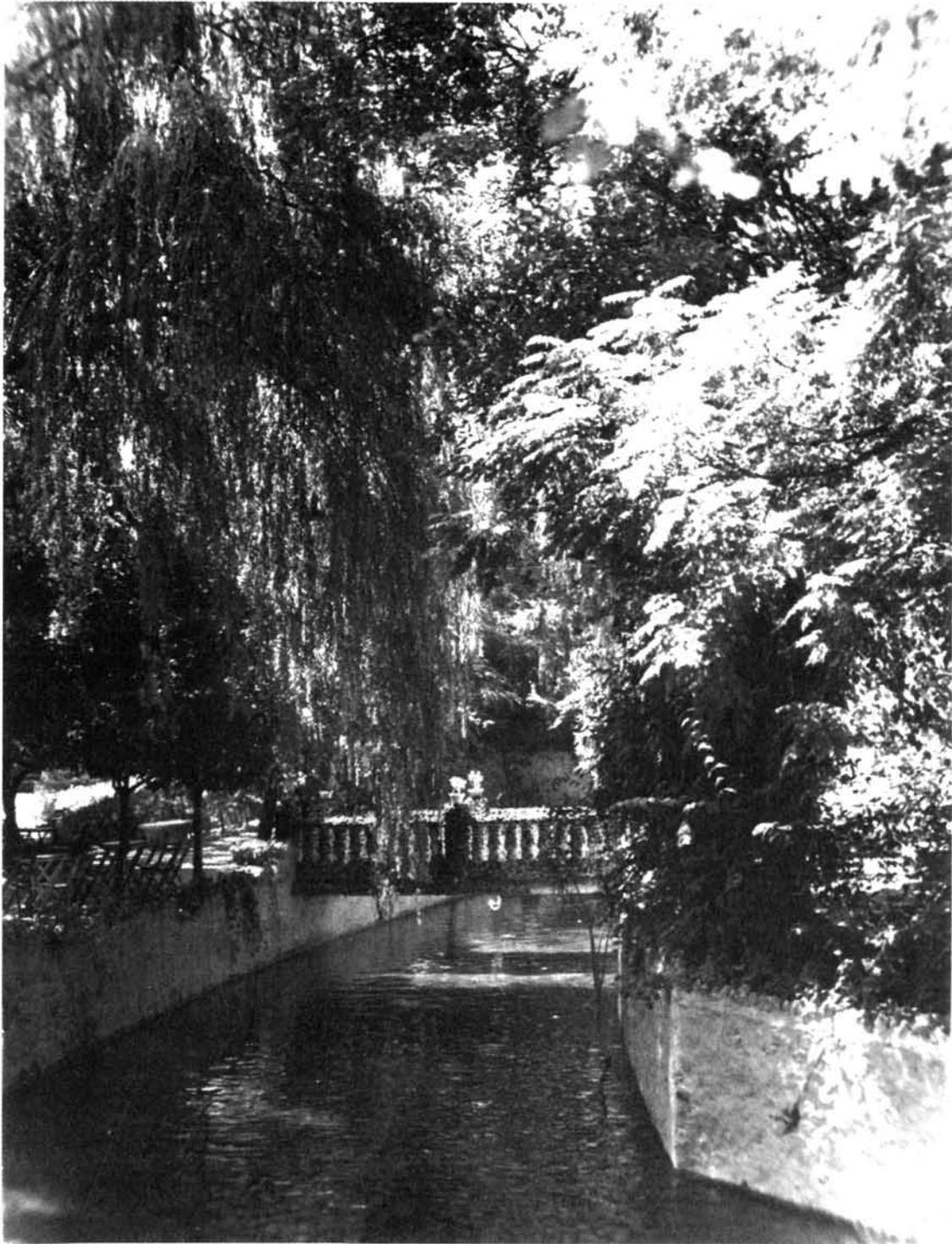
Bajo esas siglas inconfundibles Darío mostraba su simpatía, su amor por los pobres soldados españoles sacrificados en la guerra. *D.Q.* es el nombre del veterano abanderado de la guarnición, un hombre silencioso y solitario que se inmola precipitándose sobre el abismo cuando la escuadra española es hundida a la salida del puerto santia-

²⁴ Apareció en *El Tiempo*, de Buenos Aires, el 20 de mayo del 98. «¡Los yanquis!», en *Don Quijote*, Madrid, 25 de noviembre.

guero. Nada «quedaba ya... de España en el mundo que ella descubriera», concluye Darío. No deja de ser curioso –dolorosa, paradójicamente curioso–, que el último buque que destruyera la armada yanqui fuera justamente el «Cristóbal Colón», a quien Darío dedicaría una oda en 1901, como si de ese modo se cerrara un ciclo de cuatro siglos de dominio español en América.



La biblioteca de Juan Valera



La Fuente del Río (Cabra)